

# Juventud y delincuencia

No es la primera vez que se celebra, con carácter internacional, una reunión para estudiar el problema de la delincuencia juvenil. Y es que alarma la proliferación de jóvenes desgreñados, practicantes del snobismo de lo sucio, de lo perverso y de lo inmoral.

La pregunta que suscita el conocimiento de la existencia, en las grandes urbes, de numerosos grupos de esta juventud rebelde, anárquica y destructora del orden, es un «¿por qué?» sin aparente respuesta; tanto más si se tiene en cuenta que, con reiterada frecuencia, muchos de ellos son de familias acomodadas.

Ahora bien, la cuestión, a nuestro juicio, lleva camino de ser mal planteada, ya que no podemos dejarnos arrastrar por una fácil inculpación a aquéllos, o a las teorías modernistas más o menos al margen de lo moral (que surgen, precisamente, porque el ambiente es propicio) y olvidar la búsqueda formal de la causa que haya provocado, con su nefasta influencia, la prematura corrupción de tales jóvenes. Atajar por la represión y la fuerza, tiene la misma transitoria eficacia que si se intentara taponar un manantial: volvería a salir con más violencia.

Buena parte de esta causa, tal vez toda, está en nuestra manera de vivir, en nuestra propia ideología derrotista y

escéptica. Si hubiera de darse un signo distintivo al hombre actual, para diferenciarlo del de otras generaciones, sería una alegoría o representación del escepticismo. Quizá porque la apetencia de comodidad material se ha ido superponiendo a las satisfacciones espirituales y, para alcanzar aquélla, resulta engorroso lastre el respeto a los derechos ajenos, progresivamente ha ocurrido una pérdida de fe en los actos humanos, en la capacidad colectiva para superar sus propios defectos y errores, en la pureza de las intenciones. De ahí que el denominador común de todos los esfuerzos individuales sea, no la búsqueda del bien personal en subordinación al de la comunidad, sino a pesar y aún en contra de ella. Es decir, que la acción humana aislada, está movida por un afán de acumulación de medios que le permita una independencia con respecto a los demás, por lo mismo que no se confía en que los demás traten de hallar su bien en función del colectivo.

Toda esta seudofilosofía, que irresponsablemente se ha ido vertiendo con el ejemplo de nuestra actuación y con palabras sueltas, ya en el hogar, ya en el café o en el trabajo, ha creado una atmósfera enrarecida y pesimista, captada por ese sensible receptor de la juventud, preci-

*Pasa a la quinta página*

# Juventud y delincuencia

*Viene de la página siete*

samente en la edad en que su mente es ávida interrogación, puro afán por saber y comprender todas las cosas que a su vista y a su inteligencia se ofrecen.

No debe extrañarnos, no, que se comporten de esa manera, abiertamente contra todo lo preexistente, pues en cierta forma solo hacen practicar el gamberrismo ideológico y amoral al que, solapadamente, las personas mayores dan culto.

Si, además, observamos el espectáculo, —sobre todo en las grandes ciudades y en esas otras llamadas «turísticas»— que solemos ofrecer como una «agresión» (los políticos han puesto de moda la palabreja) al todavía no afianzado convencimiento moral del joven, menos aún puede asombrarnos que a su alrededor, como por inducción eléctrica, se cree un medio fértil para la anormalidad y monstruosidad intelectuales, que llevan anejas toda la secuela del vicio, de la corrupción y del delito.

Pero no caigamos, tampoco, en el error de considerar esta causa nociva como el único determinante del hecho. Hay algo, también, que le falta a esa juventud, algo que ella tal vez ha querido buscar, dando traspiés, sin encontrarlo, por no habérselo señalado con claridad, quizá porque muchos de nosotros lo desconocemos: un móvil capaz de dar satisfacción a sus difusas aspiraciones sin ocasionarle hastío;

un sentido a su existencia. La vida posee valor y merece ser vivida, valga la frase, lo que tiene de misión. Y de carácter misional, y misionero, hay que imbuírsele al joven, haciendo que la suya sin menoscabo del disfrute natural y mesurado de las cosas físicas, sea una dedicación permanente a un fin noble y lícito, porque esa dedicación vital lo que importa es auténtica calidad humana a todo ser.

El tema es interminable. Las soluciones, desgraciadamente, muy complejas y difíciles, si pensamos un poco todo lo que necesita ser cambiado y sometido a tratamiento antiséptico.

*Miguel Molina Rabasa*

